

ÁLVARO  
DE LA IGLESIA



UNA  
PIERNA  
de REPUESTO

De la cruz a la fecha, todo libro de Álvaro de Laiglesia es alarde y dechado de humorismo. En pocos años, el autor de **UNA PIERNA DE REPUESTO** ha conseguido una fama y una popularidad que airosamente han traspasado las fronteras, convirtiendo en internacional su renombre. Porque el principal mérito de Álvaro de Laiglesia radica en que su ingenio es tan copioso, opulento y espléndidamente matizado, que aun a los temas más leves o privativos logra infundirles aliento y alicientes universales.

Esta vez alboroz a nuestro espíritu con **UNA PIERNA DE REPUESTO**. Desde la inmortal elegía manriqueña, acéptase como inconcusa la afirmación de que entre la cuna y la tumba media un fatigoso y largo recorrido a pie. "Partimos cuando nacemos. — andamos mientras vivimos..." nos dice el preclaro poeta palentino. Y esta idea básica es la que ahora, con su inagotable vena humorística, Álvaro de Laiglesia moldea, deforma y caricaturiza hasta formar un libro que, como el lector observará, está llamado a figurar entre los más notables de este autor. Para que la gente emprenda la caminata de la vida sin rendirse, ofrécele el refuerzo de una pierna más: la de humor. Y si el hombre llega a sentir deseos de tumbarse en la cuneta porque ya no resiste el cansancio, el novelista le proporciona esa tercera pierna, con la que llegará más lejos y más de prisa. Pues sin optimismo, la vida es monótona, triste...

Más aún: en **UNA PIERNA DE REPUESTO** evoluciona el estilo de Álvaro de Laiglesia, que hace predominar los valores novelescos esenciales: interés del argumento, realismo de los personajes, verosimilitud de los hechos. Así ha logrado su libro más humano y, al mismo tiempo, más divertido.

*La vida es un fatigoso viaje a pie que hacemos  
entre la cuna y la tumba, cargados con nuestro  
propio cadáver.*

Yo.

## Índice de contenido

Cubierta

Una pierna de repuesto

La solución

«Sólo fui a comprar tabaco»

Cartas de un ingenuo

A la luna, sobre la poesía

A los modistas, sobre la falda

A los directores de diarios, sobre la honradez

A Boris Pasternak, sobre la pereza

El cuerpo prestado

Traca final

Consolar al triste

El hombrín de negociijos

La cuerda

Sobre el autor

## *La solución*

LÁGRIMAS DE LLUVIA corrían por las mejillas de todas las fachadas. La pequeña ciudad lloraba con el primer chaparrón otoñal el fallecimiento del verano.

El césped de los jardines había empezado a amarillear. Le estaban saliendo, como si dijéramos, las primeras canas. Y muchos árboles, al ser peinados por el viento, iban quedándose calvos con gran rapidez.

Muchas ventanas estaban abiertas porque apetecía ver llover. El empedrado de las calles almacenaba aún el calor sofocante de los meses anteriores, y aquel riego gratuito era un espectáculo que refrescaba los ojos.

En una de esas ventanas, contemplando el lagrimear del cielo, estaban Fernando y Luisa. Dentro de la habitación, repartidos sobre todas las superficies del mobiliario susceptibles de ser utilizadas como asientos, había muchos estudiantes de ambos sexos. Porque aquel cuarto grande y destartado, al que fueron yendo a parar los trastos de varias generaciones con gusto pésimo, era el famoso salón de doña Remedios, dueña del hospedaje estudiantil «Santiago, Ramón, y Cajal».

Así, fraccionando el nombre ilustre con dos comas enormes, aparecía el rótulo anunciador sobre el portal de la casa. No fue doña Remedios la culpable de esta errónea puntuación (¿valdría en este caso decir «comación», por tratarse de comas?), sino el rotulista a quien se encargó el trabajo. Este modesto artesano, que además de modesto era bastante bruto, estaba habituado a hacer rótulos de sociedades y compañías formadas por la asociación de varios nombres. Y al encontrarse con éste tan largo, creyó que se trataba de una sociedad constituida por tres sabios: don

Santiago, don Ramón y don Cajal. Por eso puso las comas divisorias. Y menos mal que no se le ocurrió rematar su obra añadiendo por su cuenta un «S. A.».

«La pensión de los tres sabios», como la llamaban algunos estudiantes guasones, era una de las más populares en la pequeña ciudad. No por ser la mejor, sino por ser la menos mala entre las peores. Tenía a su favor, para compensar su mucho en contra, la campechanía de su propietaria. Porque doña Remedios era un tonel lleno de simpatía, andando en dos patas. Gruesa y sudorosa, achatada por los polos y ensanchada por el ecuador, se movía de un lado a otro con una agilidad impropia de su tonelaje.

Todo el día se lo pasaba recorriendo sus dominios de cabo a rabo, metiendo la nariz hasta en el último rincón.

—Que cambien la ropa de cama al número quince—ordenaba a sus sirvientas—, y que le den doble ración de comida; porque tiene unos huesos tan puntiagudos, que ha roto las sábanas... Y tú, Petra, no te entretengas tanto arreglando la alcoba del señorito Juan, si no quieres que él acabe dejándote arreglada... Buenas noches, señorito Jacinto. Aunque llega tarde para cenar, daré orden de que le frían un huevo. No tiene que agradecérmelo, porque yo me he ahorrado su filete, que vale más... ¿Que les preste mi salón el domingo para dar un guateque? Encantada, hijitos. Pero que no pase como la otra vez, que el borrico de Cepeda quiso colgarse de la lámpara para hacer de Tarzán...

Todo esto lo decía sin acritud, bondadosamente, porque era demasiado buena para enfadarse con nadie. Ni siquiera se enfadó cuando un pupilo bromista puso en el salón, bajo el retrato de un húsar grueso y bigotudo, este cartelito: «Doña Remedios, cuando hizo el servicio militar».

Y prestaba el salón cuando se lo pedían. Como aquella tarde, por ejemplo, en que Luisa y Fernando se habían asomado a la ventana para ver llover. Alguien había traído un tocadiscos, y la pequeña serpiente de plástico reptaba sobre la negra superficie de un microsurco. Algunas parejas

bailaban. No muchas, porque en la habitación había tantos cachivaches que apenas quedaba espacio para expansiones rítmicas de ninguna especie.

Lo que ninguno de los reunidos podía sospechar es que ni Fernando ni Luisa se habían asomado para contemplar la lluvia. Fueron a la ventana para alejarse de los demás. Y allí, de espaldas al festejo, sin que nadie pudiera advertir la preocupación que reflejaban sus rostros, discutían en voz baja el problema más grave de sus vidas.

—¿Nada? —preguntó él sin poder disimular su angustia.

—Nada —replicó ella con desaliento.

Y los ojos de la muchacha resplandecieron con el fulgor de unas lágrimas. Fernando, incapaz de añadir ni un solo renglón a aquel diálogo tan breve, alargó una mano para recoger en la palma unas gotas de lluvia. Era un modo de expresar su dolor con lágrimas ajenas. El cielo le prestaba el llanto que su orgullo de hombre le hacía contener en los párpados. Luego cerró el puño con rabia, y el agua se escapó entre sus apretados dedos. Porque Fernando amaba a Luisa, y le enfurecía no poder librarla de su tristeza.

Se conocieron mediado el curso anterior, a la puerta de la universidad provinciana, esperando la hora de entrar en sus aulas respectivas. Luisa estudiaba Filosofía y Letras, como casi todas las chicas que tienen ganas de hacer algo después del bachillerato, y Fernando estudiaba Derecho, como casi todos los chicos que no tienen ganas de hacer nada.

—Tu cara me suena —dijo él para entablar conversación.

—Pues me extraña —replicó ella—, porque no tiene música.

La frase no era muy ingeniosa, pero fue dicha con viveza y simpatía. Después, como todos los estudiantes, se dedicaron a hablar mal de los catedráticos. Y estuvieron de acuerdo en que todos eran unos huesos, o unos chinches, o las dos cosas.



Esta afinidad de opiniones sobre los doctos pedagogos les hizo simpatizar inicialmente. Y después de las clases matinales, coincidieron de nuevo a la salida. El segundo encuentro fue casual en apariencia, pero en realidad lo planeó Fernando. Media hora antes de que acabara la última lección en las aulas reservadas a los futuros filósofos, ya estaba él en un café cercano espiando por el ventanal la puerta de la Universidad. Y al ver salir a Luisa, salió haciéndose el encontradizo.

—¿Qué casualidad! —dijo Fernando con una voz tan falsa que a ella le hizo sonreír—. ¿Hacia dónde vas?

—Hacia el mismo sitio que tú.

—¿Cómo puedes saber hacia dónde voy yo?

—Porque, casualmente también, resultará que tienes que ir en la misma dirección que yo. Estás decidido a acompañarme, vaya a donde vaya. Y no me disgusta.

—Veo que no eres tonta —rió él.

—Doy esa sensación al primer vistazo —admitió ella—. Pero luego, cuando se me ve mejor, resulta que soy listísima.

Y se fueron calle abajo, hacia el parque, satisfechos de estar juntos.

El parque era húmedo y sombrío, como todos los conglomerados de vegetación de las provincias lluviosas. Las copas de los árboles, compactas y hostiles, dejaban pasar los rayos del sol a regañahojas. Aquí y allá, al borde de los caminos, había charcos sombríos, con fango color de chocolate, que no se secarían jamás.

Luisa y Fernando pasearon por las avenidas más anchas, porque aún no tenían confianza para adentrarse por los recoletos senderillos laterales.

—¿De dónde eres tú? —preguntó ella.

—De Barcelona.

—Pues no tienes acento catalán.

—Porque mi familia es castellana —contó él, mientras caminaba dando puntapiés a una piedra—. Mis padres se

establecieron en Barcelona poco antes de que yo naciera. Fueron allí al terminar la guerra civil, cuando la vida volvía a organizarse para la paz y era fácil encontrar trabajo en las empresas paralizadas que se ponían de nuevo en marcha. Mi padre se colocó de redactor en un diario. Más tarde, con el importe de una pequeña herencia incrementada con algunos ahorros, compró el periódico local de un poblachón de la provincia barcelonesa. Y al poblachón nos fuimos a vivir. El periodiquito, dirigido y transformado por mi padre, se convirtió en un buen negocio. Su tirada aumenta a medida que crece el número de habitantes del lugar. Mi padre siempre ha querido que yo trabaje a su lado, para cederme la dirección de *El Comercio Regional* cuando él se retire. Pero a mí me horroriza enterrarme en un poblachón y dedicar mi vida a escribir todos los días lo que ocurrió en la sesión municipal, en la fiesta del Casino Mercantil y en la riña de la tasca del tío Pepet. Tengo más aspiraciones.

—¿Qué piensas hacer cuando termines la carrera? —siguió preguntando Luisa.

—Prepararé unas oposiciones para ingresar en el Cuerpo Diplomático.

—Haces bien. Es una carrera muy bonita.

—¡Ya lo creo! Se recorre el mundo, se conoce gente interesante... Porque a mí me entusiasma viajar. Pero hablemos de ti ahora. ¿De dónde eres tú?

—Madrileña. Pero vivo en Granada desde hace muchos años.

—Debe de ser una ciudad maravillosa.

—¿No conoces Granada?

—No. Pero me la imagino muy blanca, con muchas flores y muchas fuentes —se entusiasmó Fernando—. ¿Por qué habrá tantas fuentes en Granada?

—Porque los árabes, cuando se marcharon precipitadamente expulsados por los cristianos, se dejaron todos los grifos abiertos.

—Es una explicación muy poética.

—No creo que sea cierta —añadió Luisa—, pero a mí al menos me da esa sensación.

—¿Y vives con tus padres?

—No. Murieron los dos durante la guerra, en un bombardeo.

—Lo siento.

—Yo también, porque las huérfanas caen siempre en manos de personas que nunca llegan a quererlas. Yo, por ejemplo, caí en las de una tía carnal. Era viuda reciente de un señor andaluz muy rico, que al morir dejó casi toda su fortuna para obras de caridad. Mi tía se puso muy contenta porque ella se llama Caridad, y creyó que las obras citadas en el testamento eran las suyas propias. Pero cuando el notario le dijo que el difunto había escrito en el texto «caridad» con minúscula, la infeliz se llevó un berrinche imponente. Tan imponente, que fue necesario echarle un cubo de agua para apagar su cólera. Y desde entonces su carácter, que era untuoso como el aceite, se hizo áspero como el vinagre. A mí me recogió sin entusiasmo, casi con rabia, como la gota que hacía rebosar el cáliz de sus desdichas. Pese a que mi estancia en su casa no produjo ningún quebranto a su economía, pues mis padres dejaron algún dinerillo del que ella se hizo cargo para cubrir los gastos de mantenerme y educarme, siempre me consideró un lastre del que estaba deseando desprenderse. Mi vida, como verás, es de una vulgaridad repugnante.

—¿Por qué? —preguntó Fernando.

—Huele a «serial» radiofónico, a cuentecito anticuado y sensiblero. Soy la estomagante huerfanita maltratada por una tía cruel, personaje típico y tópico de la literatura barata para niños y porteras.

—No seas modesta —la consoló Fernando—. A mí me pareces una protagonista de Dostoievski, o de las hermanas Brontë.

—¡Qué más quisiera yo! Mas para alcanzar esa categoría, es necesario haber sufrido más intensa y profundamen-

te. El drama de esos grandes personajes con dimensión universal es hondo y complicado. Son seres que padecen torturantes complejos psicológicos y se zurren con látigos hasta sangrar. Mis sufrimientos, en cambio, fueron vulgares. Mi tía se limitaba a darme mal de comer, a reñirme sin motivo y a propinarme algún cachete de vez en cuando. Con estos méritos insignificantes, como comprenderás, no puedo aspirar a que me consideren una heroína de novelón ruso.

A partir de aquel paseo, los encuentros de Luisa y Fernando fueron diarios. Cuando el tiempo lo permitía iban al parque y hablaban de temas artísticos.

—Yo soy una niña gótica, en el buen sentido de la palabra —decía ella—. Me entusiasma el estilo gótico, porque es el más apropiado para edificar templos a Dios. Parece que una mano divina, agarrando la catedral por la punta de la cúpula, ha tirado de ella desde las nubes para aproximarla al cielo, dejándola estirada y delgadísima. Por eso las torres góticas son tan puntiagudas, y los ventanales góticos tan altos y estrechos.

Las tardes lluviosas iban al cine, a la última fila, a no ver la película. Porque sin darse cuenta, habían empezado a quererse. Y les gustaba más pasarse las dos horas de proyección con las manos juntas, mirando con arrobamiento las minúsculas pantallas de sus respectivos ojos. La semilla del amor, que diría un cursi, fue desarrollándose en sus corazones a la misma velocidad. Y cuando llegó a la madurez, no necesitaron el trámite de una declaración amorosa para comunicarse sus sentimientos. Les bastó una mirada primero, una sonrisa después, y sus labios sellaron por último este sencillo protocolo.

—Las declaraciones de amor —opinaba Fernando— manchan este sentimiento tan puro con un odioso tinte burocrático. Los enamorados no son comerciantes ni industriales que necesiten declarar sus existencias de determinado producto para que el Estado, después de estudiar sus

declaraciones, acceda a aumentarles el cupo. Si así fuera, existirían formularios impresos que los declarantes rellenarían para presentarlos a sus amadas, reintegrados con pólizas de tres besitos:

*Don... .., con domicilio en... .., declara su amor a la señorita... .., suplicando le sea concedida la oportuna reciprocidad. Y para que conste, firma la presente declaración en... .., el día... ..*  
 ... ..

Ella reía las bromas de él. Y él las de ella. Porque nada resulta tan gracioso como el ingenio de la persona que amamos. Aunque sus ingeniosidades sean auténticas mentecateces.

Eran felices, aunque sabían que estaban lejos aún de poder serlo del todo. Pero les gustaba acortar la distancia que los separaba de su unión definitiva, haciendo proyectos para el futuro.

—En cuanto yo ingrese en el Cuerpo Diplomático —soñaba él—, nos casaremos.

—Ante todo —le despertaba ella— tienes que acabar la carrera.

—Sabiendo que la meta eres tú, acabaré la carrera a toda velocidad. Y cuando sea secretario de embajada pediré que me destinen a un país tropical. Viviremos en el centro de un gran jardín, en una casa muy ligera, de papel y bambú. Por las ventanas, que estarán abiertas siempre, entrará el perfume de las embriagadoras flores tropicales...

—Pero entrarán también muchos bichos —le cortaba Luisa.

—¿Qué bichos?

—Mosquitos, cucarachas voladoras, arañas peludas...

—No seas pesimista, mujer. En nuestra casa sólo entrarán mariposas de alas aterciopeladas, pájaros de plumajes multicolores y loros...

—¿Loros también?

—Supongo. Como en el trópico hay tantos loros, alguno entrará.

—Pues con tanto pajarraco, la casa parecerá una jaula —reía Luisa—. Yo, la verdad, prefiero que te destinen a un país de Oriente.

—¿De cuál?

—¿Cuántos orientes hay?

—Tres: el Cercano, el Medio y el Lejano.

—¿En qué se diferencian?

—En el número de días que tardas en llegar a ellos —explicaba Fernando—. Pero todos se parecen en la belleza de sus leyendas y en la fealdad de sus realidades.

—¿Son feos los países orientales?

—No sólo feos, sino pobres y sucios como todos los poetas.

Dialogaban con gracia y fluidez, porque eran alegres e inteligentes. Pero cada día se amaban más, y su juventud desbordante era un obstáculo para esperar con serenidad la llegada de un porvenir tan remoto todavía.

Mediada la primavera, variaron el itinerario de sus paseos por el parque. Ya no iban por las avenidas más anchas y concurridas, sino por los vericuetos que se internaban en las masas de verdor.

Y en sus conversaciones se producían lagunas de ardiente silencio.

Descubrieron bancos tan escondidos y abandonados, que en sus asientos seguían pudriéndose las hojas secas del otoño anterior.

—¿Sabe tu tía que tienes novio formal? —preguntó Fernando una tarde, al salir de un beso sofocante.

—Para considerarte formal, tienes que empezar por tener formalidad —dijo Luisa, perfilándose con la punta de un pañuelo el rouge de sus labios.

El clima primaveral, afortunadamente, es bastante asquerosillo en las provincias norteñas. Cada día soleado y

cálido va seguido de una semana lluviosa que apaga todos sus ardores. Gracias a estas irregularidades meteorológicas, el termómetro de las pasiones se mantiene a un nivel soportable. Y Fernando, después de despedir a su novia en el portal de la residencia para señoritas donde ella vivía, se marchaba a dormir a su pensión de «Santiago, Ramón, y Cajal».

—Buenas noches, señorito Fernando —le saludaba doña Remedios con afecto—. ¿Tampoco hoy tiene ganas de cenar? ¡Válgame Dios, criatura! Ese amorío le va a consumir. Le guardaré unas tajaditas del asado, para que se las tome con el desayuno.

Porque doña Remedios sentía un gran afecto por aquel muchacho castellano, recriado en Cataluña, que pagaba sus cuentas con puntualidad y jamás armó escándalos en su casa. Le gustaba el carácter serio, tan distinto al de los otros estudiantes hospedados en la pensión, que siempre estaban fraguando juergas y volvían casi siempre de madrugada alborotando a toda la vecindad. Y a la buena señora le preocupaba aquel enamoramiento que había sorbido el seso a su pupilo predilecto.

El enamoramiento marchó relativamente bien hasta la llegada del verano. El final de mayo y el arranque de junio transcurrieron con las inquietudes propias de los exámenes. El problema sentimental de los novios pasó en aquellos días a un segundo plano, porque había que repasar las asignaturas para tenerlas frescas a la hora de presentarse ante el tribunal.

Después vinieron los nervios del examen, la emoción de esperar las papeletas, la alegría de haber aprobado, los comentarios con los compañeros sobre lo que le preguntaron a cada cual...

Pero llegó el fin de curso, y con él la clausura de la Universidad. El rebaño estudiantil empezó a disgregarse con rapidez. Doña Remedios, aprovechando las vacaciones, mandaba pintar los cuartos que iban quedando libres.